

# **PÁJAROS NEGROS 2**

Crónicas del heavy metal chileno

Patricio Jara



Barcelona • Bogotá • Buenos Aires • Caracas • Madrid • México D.F. • Montevideo • Miami • Santiago de Chile

1ª edición: abril de 2014

© Patricio Jara, 2014

© Ediciones B Chile S.A., 2014.  
Andrés de Fuenzalida 47, piso 7, Providencia  
[www.edicionesb.cl](http://www.edicionesb.cl)

ISBN: 978-956-304-163-7  
Registro de Propiedad Intelectual  
Inscripción N° 238079

Portada y diagramación  
Francisca Toral

Impreso en Chile por CyC impresores

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

¿Qué clase de Cielo es ese  
al que no puedes llevarte tus discos?

MICHAEL CHABON  
*Telegraph Avenue*

## MIGRACIONES: UNA PRESENTACIÓN

Los primeros comentarios sobre *Pájaros negros*, el libro que antecede a este, fueron a propósito de la portada. A fines de abril de 2012, al día siguiente de la clausura de nuestro primer Metal Fest, comenzó a circular la imagen en algunos sitios especializados y rápidamente se generó un debate sobre cuán buena o menos buena era la tipografía del título y luego sobre lo apropiado o no de la foto. Había quienes recomendaban “una letra más chacal”, como si se tratara de un disco, mientras que otros hacían objeciones al índice de contenidos sin haber leído un párrafo del libro.

No era, por supuesto, la primera vez que mi trabajo estaba expuesto a la opinión de terceros, pero de inmediato sentí que había olvidado algo muy importante para lo que venía: el temperamento de los fanáticos, la pasión y la vehemencia con que se refieren a los temas que son de su incumbencia (y especialmente porque llega un momento en que *todo*, no solo la música, es de su incumbencia...).

Los periodistas que nos hemos dedicado con regularidad a escribir sobre rock siempre corremos el riesgo de encontrar gente que sepa más que nosotros, por edad o porque se han informado mejor o porque tienen buena memoria para los detalles. Esas personas tienen una de dos actitudes: no pierden la oportunidad de darte un caballazo en caso de que te equivoques en algún dato, no pienses como ellos ni tengas su sensibilidad, o bien usan su erudición para generar un diálogo provechoso. Y aunque la intención de *Pájaros negros* no fue ni por lejos escribir la historia oficial ni la historia verdadera de nada, poco a poco favoreció que se diera mucho más la segunda instancia que la exhibición de datos almacenados como si se tratara de un concurso de fisicoculturistas.

Pasada la extrañeza (hasta la incredulidad) de muchos al ver que un libro *así* llegaba a las librerías y disquerías de todo Chile, lo que quedó no fue otra cosa que la confirmación de la sospecha inicial: que había gente dispuesta a leer sobre metal y sobre las historias que el metal es capaz de producir lejos de la mirada que *analiza fenómenos*. Leer por disfrute, acaso buscando lo mismo que uno busca cuando escucha un disco: un lugar donde estar, un sitio donde quedarse. Esta nueva entrega, como la primera, sigue la misma motivación: lograr que a la gente que le gusta el metal pueda gustarle aun más, y si al término de la lectura eso se traduce en interés por lo que ocurre en el país, si los motiva a ir a conciertos y a comprar discos, tanto mejor.

Pero también algo más: si esta clase de libros es capaz de alentar a otros a escribir desde sus propias vivencias, ciudades e ideologías, entonces habremos dado un paso grande. Así como hay valioso material publicado y en vías de publicarse sobre la historia del *underground* en ciudades como Iquique y Coquimbo, no es raro encontrar trabajos académicos, especialmente tesis de grado, que se hacen cargo de aspectos relevantes del heavy metal en diversos puntos de Chile.<sup>1</sup>

Quizás las cosas nunca den para intentar lo que hizo en Inglaterra el New College Nottingham al ofrecer una licenciatura en heavy metal,<sup>2</sup> pero sin duda que desde áreas como la antropología, la sociología, el periodismo, el diseño y la psicología hace rato que se realizan investigaciones respetables para tratar de entender cómo se mueven las distintas corrientes subterráneas que conforman el metal.

<sup>1</sup> A comienzos de 2009 escribí una crónica de cinco mil palabras sobre los orígenes del *underground* en el norte. Luego de revisarlo un par de veces, sentí que la narración quedaba bastante aceptable sobre el periodo 1987-1992, que presencié mientras vivía en Antofagasta, pero cojeaba al hablar de los años posteriores. La cercanía para narrar los primeros conciertos, la formación de las bandas y los fanzines de esos años palidecía a la hora de registrar las nuevas generaciones. Demasiada distancia y muy poco que decir sin haber sido testigo. Se quedará guardado nomás.

<sup>2</sup> Dura dos años, tiene diez cursos obligatorios y cuatro opcionales. Las asignaturas van desde historia del género hasta talleres de música, producción, marketing, gestión de negocios y desarrollo de plataformas multimedia orientadas a la industria.

El primer *Pájaros negros* encontró a sus lectores. Llegó a las manos de quienes debía llegar y muchos fueron generosos a la hora de comentarlo o recomendarlo como quien recomienda un disco. Sin embargo me perdí bastante de todo eso. A poco de publicado, debí partir por una beca de postítulo a la Universidad de Louisville. Antes, sí, junto a Carlos Costas alcanzamos a hacer una serie de cuatro emisiones de *Rock Shop* en la Radio Futuro de Santiago. En todos los programas la intención fue la misma que este libro: extender la música más allá de la música y darle la justa importancia a cosas que, si bien pequeñas, tienen un valor indudable para nuestro entorno.

Ahora que lo pienso un poco mejor, ese viaje fue importante para constatar la proporción de las cosas: cuando vas a una tienda de cinco pisos como Rasputin Music, en el centro de San Francisco, preguntas dónde está la sección de metal y te mandan, por ascensor, al cuarto piso y te encuentras con cien metros cuadrados dedicados exclusivamente al género según estilos y, dentro de los gabinetes por estilos, a las bandas dispuestas por orden alfabético y con discografía ordenada desde lo más reciente hacia atrás, la sensación es abrumadora. Lo mismo en Amoeba, en pleno centro de Berkeley, con tres pasillos enteros para compactos y vinilos nuevos o usados, desde la A de Accept hasta la Z de Zombie Fetus.

Y te podías pasar toda la tarde después de clases mirando discos en busca de algo que no hubieras visto nunca, rarezas tan raras o bandas tan viejas que solo al ver sus nombres te dabas cuenta de que las tenías olvidadas en un resquicio del cerebro; cuando no esperando encontrar algún disco chileno en el fondo de un gabinete para luego dejarlo delante de todos.<sup>3</sup>

<sup>3</sup> En una de estas tiendas volví a ver escrito el nombre S.A. Slayer, banda de San Antonio, Texas. Según Metal Archives, ellos fueron los primeros en llamarse así (editaron un demo y un EP en 1983 como Slayer), sin embargo la banda de Kerry King patentó el nombre con el álbum *Show no Mercy* (de fines de 1983) y los de San Antonio debieron anteponer el S.A. para evitarse problemas legales, aunque no importó gran cosa, porque se disolvieron al poco tiempo.

Si sumo el tiempo que pasé entre ambas disquerías, me da algo así como doce horas de reloj divididas en varios días. En ese lapso, lamentablemente, solo encontré una banda chilena: en Amoeba estaba el vinilo de *Kult des Todes* de Kythrone, pero no fue necesario moverlo a ninguna parte destacada: estaba en un sitio bastante visible, sobre un estante y al lado de un álbum de Order From Chaos. El disco costaba 20 dólares.

A decir verdad, después de pasado el impacto ante tal cantidad de música junta, tampoco vi muchas joyas exclusivas que me obligaran a gastarme la plata de la comida o del metro, ni tuve ante mí algún hallazgo fabuloso que no pudiese conseguir en las tiendas nacionales. De veras: no vi nada que con un poco de paciencia no pillés en el Eurocentro, en el Portal Lyon o en el galpón Víctor Manuel del persa Biobío en Santiago. Tanto así que lo único que me traje, al menos de esas tiendas, fue un par de números viejos de la revista *Decibel* y una rara edición del *Sgt. Pepper's* numerada y prensada en California.<sup>4</sup>

Como se pueden ir dando cuenta, este es un libro tan personal como el primero. No recuerdo en qué momento decidí que habría una segunda parte. Pero sin duda que fue la columna *Pág. 66* que mantengo en el sitio de Radio Futuro la que permitió que no se me enfriara la mano: había que estar atento a las novedades, ser capaz de opinar sobre algunos temas de interés. *Pájaros negros 2* comienza nuevamente con la galería de pequeños textos que le dan título al libro. Algunos pasajes han sido publicados en la revista *Qué Pasa* y en la columna de la radio, aunque en versiones más breves y contenidas. Otros son lo más parecido a un diario acumulado en los dos últimos años, que sirve como antesala para la primera crónica: la historia de Carlos Aguilar, fundador de Black Shadows Tattoos.

Es imposible hacer periodismo sin un instrumento tan fundamental como la entrevista, que por lo general está condiciona-

<sup>4</sup> Es el primer disco que incluyó las letras de las canciones y en este caso, además, venía con el interior recortable en muy buen estado.

da por factores de tiempo y espacio que la dejan convertida en un mero esquema. Sin embargo, la conversación con este artista nacional reconocido en el *underground* europeo ameritaba publicarse en toda su extensión y casi sin modificaciones en el orden de las preguntas. Carlos Aguilar, nacido en Osorno en 1976, salió de Chile nada más que con su máquina de tatuar, pero gracias a su talento, empeño y algunas experiencias tumultuosas y rocambolescas que pusieron a prueba su coraje, logró consagrarse internacionalmente.

El libro continúa con Australis Records, sello creado por el ingeniero Rodrigo Osorio. Creo que es un buen reflejo del esfuerzo que hacen algunos por mantener a flote las convicciones. Este 2014 Australis cumple cinco años de actividad y sin duda que la crónica que aquí se incluye permitirá entender un poco mejor cómo funcionan las cosas en los discos, desde la carátula hacia adentro. En la misma línea está el recuerdo de la época de gloria de la Sala Lautaro, a cargo de dos músicos cuyas bandas fueron determinantes en el desarrollo de ese nuevo polo tras el ocaso de la generación del Manuel Plaza: Ricardo Roberts de Sadism y Enrique Zúñiga de Atomic Aggressor. Aquí ambos miran con la distancia de los años las victorias y derrotas en torno de ese local de la Gran Avenida en Santiago.

Enseguida, un repaso a algunas producciones nacionales destacables en el último tiempo. Naturalmente no están todas ni menos conforman un canon, apenas si un patrón de preferencias personales sobre trabajos cuyos músicos también tienen algo que contar acerca del proceso y la cocina puertas adentro.

Al final, dos acoples: dos pequeños ensayos sobre temas muy específicos y quizás un poco *pegados*: uno sobre los discos en vivo (y las bandas enfrentadas a la hora de la verdad) que hace foco en Entombed, su disco *Monkey Puss*, su visita a Chile en 2009 y un escueto pero significativo diálogo con Lars Göran Petrov. El otro es a propósito de la reedición de la discografía de Death y todo lo que aún queda por decir de Chuck Schuldiner. Para este texto tuve la posibilidad de preguntarle algunas cosas a René Miville,



fotógrafo e ilustrador estadounidense autor de las portadas de los tres más notables discos de Death: *Human*, *Individual Thought Patterns* y *Symbolic*. Sus respuestas, aunque breves, revelan interesantes aspectos sobre la relación entre la música y la plástica.

Démosle.

P. J.  
Abril de 2014

1

# **PÁJAROS NEGROS**

¡Aaaaaaaaaahhhh!

TOM ARAYA  
*Angel of Death*

# 1

Un ejercicio rápido: menciona cinco bandas extranjeras de renombre<sup>5</sup> que aún no hayan venido a Chile.

¿King Diamond?

¿Atheist?

¿Godflesh?

¿Ministry?

¿Sacred Reich?

Probablemente haya otras cinco, pero nunca otras diez ni otras veinte. Hace una década cualquiera hubiese llenado una página con nombres como quien escribe una lista con deseos, pero diversos festivales, a gran, mediana y pequeña escala, se han encargado de reducir la lista considerablemente. Es un esfuerzo gigante, notable por donde se lo mire, como pocos en Sudamérica. Y cada vez será mayor la tarea por vender entradas y salvar la inversión. Y eso va desde quienes llevan a Meshuggah al Caupolicán o a Impurity a un local del barrio San Pablo en Santiago.

Hablamos del tema con Carlos Costas, director de Radio Futuro. Me dice que la respuesta de la gente hasta ahora nunca ha sido proporcional a las convicciones ni a las expectativas de quienes lo organizan. En sus dos primeras versiones, el Metal Fest no llenó el Movistar Arena.

Quizás no seamos tantos como pensamos.

Quizás ni siquiera seamos tan metaleros como pensamos.

Quizás estamos envejeciendo demasiado rápido.

Tal vez todas las anteriores.

*The end is coming closer*, como se dice.

Porque al final la oferta está tan cerca, tan disponible, y los

<sup>5</sup> O bien “influyentes”, “de nivel”, “famosas”, “legendarias” o que simplemente te gusten.

discos tan escuchados y las bandas tan vistas que hoy muy pocas cosas nos impresionan. Por eso no me extrañaría saber que más de alguien no fue al séptimo concierto de Iron Maiden en Santiago porque dedujo que objetivamente no habría nada nuevo que ver, o no fue a escuchar a Slayer por tercera vez presentando el mismo show del *World Painted Blood* (y cada vez con menos miembros originales), porque ya no tenía la paciencia o el dinero para hacerlo.

Otros probablemente fueron nada más que tentados por ver el show de una banda tan singular como Ghost.

Yo fui básicamente por Ghost.

(Y porque aún me queda lealtad con Slayer.)

Pasa algo curioso con los suecos. Escucharlos hace recordar lo que solía ocurrir con frecuencia con las viejas bandas de rock: de pronto oías en la radio una canción que te deslumbraba y no tenías más datos que el nombre del grupo, del tema y, con suerte, del álbum. Antes de los videoclips, de las revistas especializadas y de Internet, podías pasar años disfrutando de un grupo sin siquiera imaginar qué aspecto tenían sus músicos. Qué mejor ejemplo que el impacto que en muchos provocó, a mediados de los años 70, ver por primera vez una foto de Kiss o uno de sus shows grabados en video. Y era un impacto doble: además de ocultarse bajo varias capas de maquillaje y disfraces estrafalarios, sus integrantes respondían a nombres como “The Demon” o “The Catman”.

Cuarenta años después, las nuevas generaciones quizás pueden decir lo mismo de Ghost, banda joven (2008) no obstante sus miembros tengan años de carrete en otras agrupaciones. Estéticamente, proponen algo similar a lo que hizo Kiss en sus comienzos: música posible de tocar en vivo en medio de un espectáculo con parafernalia y teatralidad. Aunque, a diferencia de los neoyorquinos, los escandinavos son menos pirotécnicos, y sus letras son explícitamente más diabólicas. No por nada su vocalista se hace llamar Papa Emeritus y se maquilla y se viste como una santidad cadavérica, mientras que los demás integrantes, uniformados con túnicas y máscaras que apenas permiten verles los ojos, se llaman todos igual: Nameless Ghoul.



© Patricio Jara

Papa Emeritus II durante el show que Ghost dio en el Estadio Nacional junto a Slayer e Iron Maiden en la primavera de 2013.

El primer álbum de Ghost, *Opus Eponymous*, apareció a fines de 2010 bajo etiqueta Rise Above Records, sello inglés independiente propiedad del ex Napalm Death y fundador de Cathedral Lee Dorrian, mientras que el segundo, *Infestissumam*, salió en 2013 a través de Loma Vista Recordings, subsidiaria de Universal. Una carrera ascendente por donde se mire: largas giras por Estados Unidos y Europa, el respeto de músicos como James Hetfield (“son aire fresco para el metal”) y la colaboración de Dave Grohl para un EP de covers, *If You Have Ghost*, editado a fines de 2013.

Ghost suena como una banda de rock de los 70 y no oculta sus influencias. Sus álbumes, cuyo arte siempre es tributario de alguna vieja película de terror, poseen el esplendor de las grandes superproducciones de esa década: todo análogo y, en consecuencia, todo de verdad. Ghost provoca adicción y te deja siempre con la corazonada de haber oído sus melodías en alguna parte, aunque

hay gente que los odia justamente por eso, pero cuando te has pasado veinticinco años escuchando música disciplinadamente de pronto caes en la cuenta de que el futuro del género está en el pasado, en la esencia de esas bandas que tocaban sin pautas ni prejuicios.

Corren muchos rumores sobre quiénes son los integrantes de Ghost, y especialmente sobre Papa Emeritus. Aunque también se especula que dentro de los *ghoules* hay tipos cercanos a los cincuenta años, e incluso un padre y su hijo.

Así ocurrió en su presentación en el Estadio Nacional. Muchos no los conocían y hubo que ver sus caras de impacto ante el ingreso del vocalista. Fue un show breve: apenas ocho canciones, pero suficiente para demostrar que el rock and roll del futuro no necesitará de la estridencia si quiere persistir en su misión de remecer los sentidos y de que todo siempre suene como la primera vez.

Pero esa tarde el show siguió.

Luego vino Slayer.

Slayer en vivo en el Estadio Nacional, conchetumadre.

Secuencia con imágenes de Jeff Hanneman.

Son las últimas canciones del set.

Son las canciones que más me gustan.

Es imposible no estremecerse.

Quizás el mayor gesto que podamos hacer en memoria de Jeffrey John Hanneman (1964-2013) sería abrir los librillos de los discos (o mirar atentamente el sobre de los vinilos) y fijarnos en aquellos temas de Slayer que fueron de su completa creación e ingenio. Quienes nunca lo hayan hecho se llevarán una sorpresa. Jeff Hanneman, como muchos, fue un chico que quiso ser guitarrista de una banda antes de saber tocar una nota. Fue de esos críos que antes de los diez años llegaron a la música por sus hermanos mayores (en su caso su hermana Mary, con los discos de Black Sabbath) y luego siguieron su camino deslumbrándose con bandas como Led Zeppelin, Aerosmith y más tarde con el punk.